

La enigmática aridez

Alfonso Nava

*... en la tiniebla comarcana un tenue
y vertical incendio*

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

No son pocos los que afirman que al ocuparse de esa abstracción mexicana llamada “Provincia”, López Velarde dio en realidad cosmopolitismo a nuestras letras. La afirmación no es exagerada.

Nos precede, en narrativa, un cierto abordaje de la Provincia donde convive lo mágico, una suerte de determinismo ético (del anclaje de principios irrenunciables que rebasan la voluntad del personaje), con el colorido, el folclor, el ornamento. Es un tratamiento que parece condescendiente. Que quizá quiere serlo: Simone Weil observaba que la moralidad es asunto de atención, no de voluntad. Es una suerte de declaración: nuestra Provincia lenta y tediosa precisa de fuegos artificiales que hagan notar que su belleza, que su posibilidad de ser tema para el gran arte, está en la hipérbole de su submundo arcano o caricaturesco. Lo singular forzado.

Concedamos: ésa ha sido una gran posibilidad para trabajar. Cuántos de nuestros relatos canónicos sobre Provincia –con maestría o con al menos efectividad– nos presentan este entramado. El problema es la repetición: el pastiche costumbrista revela que, después de Rulfo, no hemos vuelto a encontrar la distancia propicia para abordar este ámbito de nuestra cultura. ¿Qué hacer?

Una respuesta distinta frente a este tipo de relato (y frente a buena parte de la narrativa nortea, apoyada también en lo hermético y lo caricaturesco) se encuentra en la propuesta literaria de Daniel Sada. Sus guías de viaje son, por un lado, López Velarde. El otro guía es una renovada observación que no tiene más rigor que la honestidad y la confianza en que la sustancia literaria aparece sin forzar el cerrojo. Iris Murdoch





afirma, en su ensayo “Against Dryness”: “la gente real destruye el mito, la contingencia destruye la fantasía y abre el camino a la imaginación”. Este procedimiento rige a los dieciséis relatos que conforman *Registro de causantes*, libro que recibió en 1992 el Premio Xavier Villaurrutia y que ahora reedita la Universidad Autónoma de Coahuila en la segunda serie de su colección Siglo XXI Escritores Coahuilenses.

Sada no elude las preconcepciones, tampoco les da la vuelta en busca de transformar el lugar común. Para quien esto escribe, el procedimiento es aún más complejo. Anclados en un pequeño pueblo del desierto norestense, Sacramento, Coahuila, los relatos se dejan tocar por estos principios deterministas y, como los llamamos antes, arcanos, por su cualidad de herméticos, místicos y antiguos. Por citar algunos: la casa abandonada de aliento fantasmagórico y la exigencia de castidad en el relato “Claridad reminiscente”; de la resignación estoica (conveniente, además) frente a la derrota en “Cualquier altibajo”; o del no desairar a la colectividad, de no desobedecer a la muerte, de los misteriosos caminos místicos con que las situaciones se resuelven (me viene a la mente “La parábola del tuerto”, de Francisco Rojas González, como ejemplo del tratamiento de dichos temas) en el relato “Después”.

Sada no le da la vuelta a estas preconcepciones: hace que alcancen una justa dimensión humana. En el relato “La cárcel posma” Sada escribe: “Las profundas convicciones en cuanto al arraigamiento se fueron

distorsionando porque se impuso lo real”. Esta frase, citada como si cualquier cosa a mitad de un párrafo, es casi una declaración de principios respecto a su abordaje. Y bien mirado: es casi una paráfrasis de la sentencia de Iris Murdoch, citada arriba.

El procedimiento se repite en el uso del lenguaje, que en el caso de Sada es ya un celebrado *hallmark*. Esta celebrada voz barroca, combinada con términos cultos y con el *slang* distintivo, es nuevamente el mecanismo para dotar de proporción humana a aquel espacio: la Provincia. Lo es por su acercamiento al habla como registro de narración, no como mimesis de una jerga local.

De nuevo, el riesgo es grande, el procedimiento es complejo. Pensar estos relatos en una voz exógena sería el procedimiento experimental tramposo: eludir el lugar común, en vez de enfrentarlo. Una voz distanciada convertiría a estos relatos en crónicas periodísticas. Álvaro Enrígue sostiene la tesis de que Sada no se propone recrear al barroco, sino ser implacable con éste desde el barroco mismo. Porque si en el barroco, en literatura y más allá del sentido puramente cuantitativo, la palabra resplandece por sí misma en su exceso, en Sada opera al estilo de lo que Paz define para López Velarde: “El prosaísmo de López Velarde procede de la conversación [...] Por eso admite los términos técnicos, los cultismos y las voces locales y extranjeras [...] El prosaísmo enfrenta al idioma del pasado con el de ahora y crea así un nuevo lenguaje”.



Ahora bien: ¿es este barroco elección de autor? Me gusta pensar que no lo es: que es una decisión del espacio explorado; que es producto del abordaje mismo y no un regodeo de endecasílabos y construcciones que el autor domina de manera notable.

Siguiendo de nuevo a Murdoch, “la prosa es idealmente transparente: sólo se escribe con palabras a falta de algo mejor”. Propongo esta cita contra aquella lectura que concentra como la mayor virtud del libro este estilo de narrar. Si la elección fuese de autor y su motivo puramente estilístico, el procedimiento barroco se habría cumplido en el más decimonónico de los sentidos. Y no es tal: al aproximarse al habla humana del espacio donde se desarrollan los relatos (como se dijo antes, a manera de registro total antes que mimesis), Sada pretende dotar coordenadas psicológicas, ordenamientos intelectivos con los que se configura un mundo particular. Simplificando: no se busca una manera bella, o pintoresca, de narrar. Se persigue una manera congruente, lógica. El lugar elige la voz que lo representa. Por ello que se persiga un registro parecido al habla. Ya lo decía Goethe con

clarividencia: “Escribir es un abuso de la palabra. El habla es esencia; la letra, contingencia”.

Deleuze y Guattari afirman que en la obra de Kafka la lengua deja de ser instrumento para convertirse en expresión viva, donde aquello a lo que se refiere no queda manifiesto, sino que se expresa: “es una lengua sin gramática y que vive de palabras robadas, movilizadas, emigradas y que se han vuelto nómadas”. El celebrado barroco de Sada resplandece porque alberga una disonancia: la facultad preclaramente estilística del barroco involuciona a una expresión, diríamos, matemática para construir una realidad. La realidad expresada en ese barroco es expresión viva del lugar, no descripción. El barroco de Sada alberga, en su semilla, su crítica.

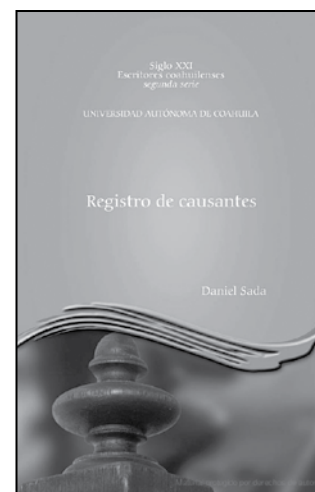
Habrán quienes insistan en que la voz, el registro, es la gran revelación del libro por las mismas razones que esgrimí arriba. Si dicha voz activa al mundo, si en su lógica se valida la mecánica de la acción, es entonces la voz lo que vale del libro, se diría. Consigno esto porque algunos acusan una cierta debilidad argumental en *Registro de Causantes*. No sé si estar de acuerdo con ello. Me parece que ese trabajo de darle dimensión humana a las preconcepciones de Provincia, de mostrar la lucha de la voluntad contra el determinismo, también provoca que Sada proponga entre sus temas al tedio, al lento paso del tiempo, a la aridez de su referente. Allí, quizás, existan lectores que identifiquen poca acción, limitados ejes de desarrollo argumental o incluso historias poco atractivas (sobre todo al cotejar con la obra posterior y, quizá, más conocida de Sada).

Me da por pensar que allí está el mayor riesgo del libro: esa aridez expuesta, ese hablar de un sitio donde poco o casi nada ocurre. Exponer la alta posibilidad artística de un escenario así, sin colorearlo, es mérito enorme. Quizá se halla poco atractivo porque no veremos ver nuestra propia aridez. Con Paz, nuevamente, vemos que el hombre “nunca quiere verse” en esa “operación violenta” de abrir la conciencia del tiempo real, misma que ejecutan lo mismo López Velarde que Sada, Dante y Virgilio en esta exploración. Presiento que el relato “Cuando nada pasa hay un milagro que estamos viendo” es un ensayo sobre este cerrar los ojos. Y a la vez una alegoría misma de la Provincia: un espejo, que mira y espera ser mirado para existir, al final queda hecho

añicos, mientras que alguien llega sólo para rescatar el bellísimo marco sobreviviente.

Los filósofos afirman que los espectadores esperamos del gran arte la tentación del consuelo. Tentación a la que cede buena parte de nuestra tradición de relato campirano o costumbrista, donde las cualidades mágicas emergen como resolución consoladora, aunque ésta no sea grata, pero resolución al fin. Sada no condesciende, aunque así lo quieran parecer los momentos hilarantes o hasta ridículos del libro. La mejor expresión de esto quizá sea el relato que cierra el volumen: “La Averiguata”, donde un suceso de proporciones apocalípticas (que involucra botellas de Coca-Cola) que acontece en un pueblo de nombre “Charcos de Risa”, termina por revelarse descorazonador, terrible en sus implicaciones psicológicas. Pero como llega la tragedia se va, y allí quizá la “inconsistencia argumental”. Su principio es único: los pobladores del páramo imaginario no pueden anclarse en lo contingente, porque la realidad embarga nuevas preocupaciones. Por lo mismo, no hay tiempo para resoluciones. En el relato “Después”, la voz confirma esta cualidad al consignar (y quizá allí hay una poética frente a su barroco): “Lo dramático que llega, que es la base sugestiva de lo que se extralimita para deshacerse luego de manera imperceptible”.

Paz dice de López Velarde: “...fusión rara de la conversación y la imagen insólita. Con ese lenguaje descubre que la vida cotidiana es enigmática”. Enigmática aridez que se elige como vida, no porque la Provincia nos ha destinado a ello; enigmática aridez que es pura voluntad tragicómica. Ése es el soporte argumental (ciertamente complejo y, por su tratamiento, magistral) que sedimenta a esta estepa rusa, esta media luna, este Yoknapatawpha, ese Marte desolado de Bradbury que se refleja en el Sacramento, Coahuila de *Registro de causantes*. ▲



Daniel Sada
Registro de causantes
 Siglo XXI, Escritores
 coahuilenses, segunda serie
 México, Universidad Autónoma
 de Coahuila
 2009, 310 pp.